

Del autismo de ayer al de hoy... y al que vendrá. Primera parte. Georg Frankl: un pionero silenciado y discreto



– Alberto Lasa Zulueta –

Psiquiatra, psicoanalista. Profesor Titular de Psiquiatría. Universidad del País Vasco. Bilbao (España)

Este artículo relata acontecimientos protagonizados por los pioneros que exploraron la clínica y construyeron el concepto de autismo infantil. Su intención principal, aunque interesada por ello, no es la de restablecer unos hechos históricos relacionados con la paternidad y autoría de los conceptos sobre el autismo. Ya hay, y siempre habrá, historiadores especialmente interesados en el tema que aportarán nuevos hallazgos que permitan completar o modificar lo que hasta ahora ignorábamos y hemos ido conociendo progresivamente. Lo que sí quiere es rescatar la importancia de ciertos autores y conceptos, desconocidos, caídos en el olvido o considerados caducos, pero de gran valor clínico y teórico, también ahora porque los conocimientos actuales los están revalorizando. Nos ayudan también a descubrir los orígenes de corrientes de pensamiento y de acción que reaparecen tiempo después como nuevos brotes que desconocen sus profundas y viejas raíces... que nacen de la naturaleza propia de los encuentros humanos.

La primera parte de este artículo se centra en el contexto histórico en que surgen los primeros conceptos bautizados con la denominación de autismo infantil precoz y en sus protagonistas.

La segunda, comentará las reflexiones clínicas de Frankl, centradas en su comprensión psicopatológica de las dificultades autísticas y su relación con el contexto terapéutico en que surgieron. A partir de ahí tratará de rastrear su conexión con las vías

prácticas y teóricas que han viajado hasta nuestros días... y con las que asoman en el horizonte.

LA APARICIÓN DE UN TERCER PADRE PUTATIVO (entre Kanner y Asperger)

Georg Frankl (1897-1975), nace en Moravia (hoy Chequia) en una familia de origen judío que se traslada e instala en Viena cuando él es adolescente. Allí cursa estudios de Medicina (como hizo su madre) para orientarse hacia la pediatría. Alumno de von Pirquet, como Theodor Heller (1869-1935) y Erwin Lazar (1877-1932)⁽¹⁾, trabajó bajo la dirección de este en la unidad de "pedagogía terapéutica" de la clínica pediátrica de la Universidad de Viena, en la que también colaboró su futura esposa, la psicóloga Anni Weiss (1897-1991). Estaba destinado a suceder a Lazar, pero al morir éste, en 1932, y con la invasión de Austria y su posterior anexión por los nazis (la *Anschluss*, en marzo de 1938), su carrera se trunca. El nuevo director nombrado, Homburger, psiquiatra y militante nazi, no tardaría en nombrar como nueva directora a una inmunóloga, Valerie Buck y, tras su rápida jubilación, a Asperger. Hasta 1937, fecha en que huye a Estados Unidos, Frankl forma parte de un equipo en el que era el psiquiatra principal del equipo y donde también trabajaba Hans Asperger quien, pese a ser casi diez años más joven y menos experto que él pues solo llevaba tres años en plantilla, asumirá la dirección de la clínica aprovechando y favorecido por su condición de no ser judío⁽²⁾.

Dejaremos de lado aquí la posterior trayectoria de Asperger y la triste historia, recientemente descubierta, de su connivencia ¿aprovechadamente sumisa o inevitable? con la prácticas eugenésicas nazis de exterminio de los niños "deficientes", así como su posterior actitud de ocultación y camuflaje de su verdadera trayectoria en sus relatos autobiográficos⁽³⁾.

Poco después de la marcha de Frankl, que dimitió en noviembre de 1937, Asperger dio una conferencia en la que habló de la "psicopatía autista" que él y sus colegas estaban observando en un puñado de pacientes jóvenes. Pronto la publicó como "Das Psychisch Abnormale Kind" ("El niño psíquicamente anormal"). En esencia, se trataba de un borrador de su trabajo posterior de 1944. Mientras tanto, dos de las personas que más le habían ayudado se habían marchado al exilio. También Anni Weiss (1897-1991), la psicóloga más experta del equipo se marchó en 1934, el año del ascenso de Asperger, a Estados Unidos. Frankl la siguió, cuando pudo dejar Austria tres años más tarde, para reunirse con ella en Nueva York y casarse una semana después de su llegada.

Ya hace tiempo que los historiadores del autismo empezaron a preguntarse sobre la probabilidad de que Kanner conociera, más de lo que reconoció, la obra de Asperger (Feinstein, 2010). Corresponde a Steve Silverman (2015), con sus trabajadas indagaciones sobre los pioneros de la historia del autismo, el mérito de haber descubierto la existencia

y la importancia de Frankl, tanto por su probable influencia en las ideas que desarrollará Kanner, como por su papel de haber transmitido los conocimientos de la experiencia institucional de la pedagogía terapéutica vienesa y de haber sido el testigo evidente -y sorprendentemente silencioso- de que Kanner conocía estas experiencias previas antes de publicar su texto de 1943. Comenta también que, en paradójico contraste con su afán posterior de considerarse descubridor en exclusiva del autismo, también fue Kanner quien intervino activamente para favorecer la inmigración y asentamiento profesional de Frankl en Estados Unidos.

De ahí deducía Silberman que, muy probablemente, Kanner mintió cuando negó haber conocido la obra de Asperger y cuando afirmó la absoluta novedad de su concepto de “autismo infantil precoz”. Kanner anhelaba que este término fuese considerado original y “solo suyo” porque anhelaba que fuera reconocido como un hito fundador en la historia de la psiquiatría infantil. Aspiraba a pasar a la historia como único protagonista de tal hazaña científica. En 1942, un año antes de la publicación de su artículo, escribía a Ernest Harms, editor de la nueva revista *The Nervous Child*, que había encargado a Kanner seleccionar el contenido de lo que iba a ser el primer número dedicado íntegramente a la psiquiatría infantil, diciendo: “Desde 1938 han llegado a nuestra atención una serie de niños cuyo trastorno difiere de un modo tan marcado y único de cuanto hasta ahora se haya informado que cada caso merece (y espero que con el tiempo reciba) una consideración detallada de sus fascinantes peculiaridades”.

Tampoco quiso reconocer los méritos y las descripciones clínicas anteriores de otros autores contemporáneos de su entorno profesional (Potter, Lauretta Bender y, sobre todo, Louise Despert). Eran semejantes a la suya, pero catalogadas bajo la denominación entonces vigente de “esquizofrenia infantil”. Es también Silberman quien afirma, contundentemente, que el talento fundador de Kanner se acompañaba de una intención de: “intentar suprimir con donaire la competencia potencial (de otros autores) haciendo ver que no existían”. Louise Despert le escribió una carta para expresarle su enfado por afirmar que el trastorno que describía fuera «único y hasta

entonces desconocido» y en ella cuestionaba su aparente desconocimiento de las publicaciones anteriores (Olmsted, 2010; Silberman, 2015). Conservando un estilo diplomático -que no oculta lo que le reprocha-, le escribe: “En mi opinión, la mayor aportación de este artículo es su descripción meticulosa, precisa e iluminadora de los casos clínicos [...]. Sin embargo, si me permite decírselo, **me opongo al acuñamiento de una nueva terminología para entidades de las que sí se ha informado en el pasado, pese a no describirse con tal meticulosidad**”⁽⁴⁾.

La figura de Frankl y la importancia e influencia de sus ideas originales sobre el autismo, sobre las de Kanner y también sobre las de Asperger, ha vuelto a salir a la luz en varios textos de reciente publicación (Haswell Todd, 2015; Donvan y Zucker, 2016; Robison, 2017; Dluzak, 2019; Lucchelli, 2021; Dobs 2022; Muratori y cols., 2019, 2020, 2024).

En uno de ellos (Cohen y Muratori, 2024), se matiza que Kanner sí reconoció, parcialmente, la colaboración de Frankl (y menos aún la de su esposa Anni Weiss). Filippo Muratori, muestra su opinión, más compasiva que la de Silberman⁽⁵⁾, más favorable a la honestidad de Kanner mencionando la colaboración clínica de Frankl. Señala que le citó en la descripción del “caso nº1” (Donald Trippet) de sus históricos once primeros casos de su texto fundacional de 1943 y concluye que: “Kanner fue honesto al reconocer la contribución de Frankl a la historia del autismo (...) no fue así en el caso de Asperger quien probablemente no tuvo la valentía de reconocer la capacidad de observación y la agudeza intelectual del hombre que ya era un miembro principal del grupo de profesores de la clínica Lazar cuando él llegó como joven profesional aún en formación (...) pero tanto Frankl como Anni Weiss eran judíos y en esa época elogiar sus cualidades intelectuales podría resultar peligroso



Imagen del año 1933. Valerie Bruck y Viktorine Zak a la izquierda, Georg Frankl de frente, Josef Feldner de espaldas, Anni Weiss y Hans Asperger a la derecha. Foto propiedad de Maria Asperger Felder en Dluzak S. *Les pionniers oubliés de l'autisme : la vie et l'œuvre d'Anni Weiss et de Georg Frankl. L'Information psychiatrique* 403. 2021 ; 97 (5) : 403-21 doi:10.1684/ipe.2021.2269.

porque significaba no obedecer las directrices del Reich”.

Releyendo el texto *princeps* de Kanner, bajo la lupa de estas valoraciones recientes después de conocerlas, llama la atención la particular riqueza de la descripción clínica, tanto del caso 1 (“Donald”) como del caso 11 (“Elaine”). En ambos Kanner cita el centro en el que fueron estudiados (*Child Study Home* en Maryland) y los nombres de los profesionales que colaboraron en su estudio diagnóstico (Frankl y Eugenia Cameron, también psiquiatra). Cosa que no hace para los otros nueve casos, varios de ellos también derivados a instituciones especializadas (en particular a la escuela *Devereux*), como hacía habitualmente Kanner después de diagnosticarlos.

La diferente valoración que ambos autores, Silberman y Muratori, hacen sobre cuánto y cuándo quiso Kanner resaltar y reconocer la especial colaboración de Frankl, la hacen basándose en varios documentos que Silberman sacó a la luz.

En una carta dirigida al neurólogo Bernard Sachs, en 1938, decía Kanner: “*Me ha interesado mucho un trabajo especial y, puedo decir, original que está realizando el Dr. Frankl (...) he repasado con él su formulación del tema y me ha sorprendido por su novedad y solidez (...) se trata de lo que llama el contacto afectivo de los niños (aún no se les denominaba autistas)... ya que abre un enfoque nuevo y prácticamente útil para la observación y comprensión de la vida mental del niño*”. Frankl acababa de llegar al Johns Hopkins Hospital de Baltimore junto a Kanner, que fue quien le propuso e invitó a hacerlo ayudándole, como a otros muchos judíos que huían del horror nazi, con sus contactos y con los trámites burocráticos necesarios. Llegó incluso a proponer y lograr modificaciones en las normas para el reconocimiento de las titulaciones en su estado de Maryland⁽⁶⁾.

En 1939, en carta dirigida al psiquiatra Adolf Meyer⁽⁷⁾, su mentor y director del hospital Johns Hopkins, así como patrón de la naciente psiquiatría estadounidense, le hablaba también de “*el sólido bagaje de Frankl en la pediatría y su estrecha relación durante once años con la Clínica Lazar de Viena*”.

Posteriormente, el 5 de enero de 1943, en otra carta dirigida al editor de la revista *The*

Nervous Child, escribe Kanner: “*Cuanto más leo el artículo de Frankl, más me impresiona y más me doy cuenta de que es una joya (...). Mi propio artículo sobre los trastornos autistas del contacto afectivo está ahora tomando forma (...) planeo que su artículo preceda al mío*”.

Poco después, esa revista publicaba el artículo que dio fama mundial a Kanner; pero, contrariamente a lo que decía desear y proponía al editor, apareció como primer artículo... relegando a las páginas posteriores el texto de Frankl, cuyas ideas tanto había

alabado. Uno no sabe si dar la razón a la opinión de Silberman -quería ensombrecer el protagonismo de cualquier otro- o a la más benévola de Muratori. En cualquier caso, parece perfilarse una actitud cada vez más ambivalente en Kanner para mencionar la participación de Frankl, o de cualquier otro, en la creación de su “autismo infantil precoz” que esperaba le aportara, como así ocurrió, la gloria universal y el reconocimiento histórico de su exclusiva paternidad en el descubrimiento de una nueva enfermedad que iba a fundar una nueva especialidad, la psiquiatría infantil.

The
NERVOUS CHILD

Quarterly Journal of Psychopathology, Psychotherapy,
Mental Hygiene, and Guidance of the Child
ERNEST HARMS, Editor-in-Chief

Vol. II April, 1943 No. 3

**Special Issue: AFFECTIVE CONTACT DISTURBANCES
IN CHILDREN**

CONTENTS

	Page
EDITORIALS	
Ira S. Wile	211
Frederick J. Farnell	213
CO-EDITOR'S INTRODUCTION	Leo Kanner 216
PATHOLOGY	
Autistic Disturbances of Affective Contact.....	Leo Kanner 217
Language and Affective Contact.....	George Frankl 251
Interrelationship of Play, Affect, and Learning Ability	Agnes B. Greig 263
ADDITIONAL PAPER	
The Sibling Relationships of a Group of Young Children	Ruth Gottemoller 268
REVIEWS OF THE LITERATURE	278
COMMUNICATIONS	288

Número del año 1943 de la revista *The Nervous Child* dedicado íntegramente a la psiquiatría infantil, publicado en Nueva York, con artículos de Leo Kanner y Georg Frankl.

Varios, de entre los autores citados, piensan que hasta que conoció las ideas de Frankl, con su llegada en 1938, Kanner no había entendido ni pensado que los casos que llevaba tiempo estudiando tuvieran puntos psicopatológicos comunes que pudieran configurar un diagnóstico común. Muratori, destacando la importancia de la aportación de Frankl, señala que Kanner ya había observado a Donald tres años antes de que Frankl llegara a Baltimore y piensa que ni supo comprender su patología ni lo consideró como un caso a incluir entre sus once elegidos hasta que conoció lo que Frankl pensaba: el trastorno nuclear estaba en las dificultades para el **contacto afectivo** y la incapacidad para entender el **lenguaje afectivo**.

Anteriormente, Kanner había confesado su desconcierto clínico en una carta dirigida a los padres de Donald disculpándose por no haber hallado aún un diagnóstico para su hijo: *“Nadie es más consciente que yo de que no les hemos proporcionado un término diagnóstico claro e inequívoco”* (Olmsted, 2010; Silberman, 2016)⁽⁸⁾. Todavía en 1973 afirmaría que eligió el término “autismo” porque no encontró otro mejor, elección que condujo durante muchos años a considerar que el autismo infantil era una forma precoz de esquizofrenia⁽⁹⁾. Pero, probablemente insatisfecho aún del éxito inicial de su artículo, en una revista nueva de poca divulgación escribió rápidamente otro en el que ya bautizó “su” síndrome con el nombre que prevaleció hasta nuestros días. El *“autismo infantil precoz de Kanner”* apareció con ese nombre en una revista médica ya consagrada y con mucha más audiencia (*Journal of Pediatrics*, 1944). Este texto, versión condensada de su artículo *princeps*, saltó a la fama al ser incluido en la antología del *Libro del año de Neurología, Psiquiatría y Endocrinología*. Por si fuera poco, lo que prueba la habilidad promocional de Kanner, también fue considerado como “el artículo más trascendente del año” en otra revista, *Quarterly Review of Biology*. El crítico que lo elogiaba era un psiquiatra, Wendel Muncie, padre de su paciente “Bárbara K.”. Se abría así una vía de largo recorrido posterior, la de las relaciones entre los profesionales del autismo con los familiares de sus pacientes y sus asociaciones, que tendrán una influencia creciente en todo lo referente al autismo, primero en Estados Unidos y luego en Europa.

Son también varios los autores, además de Muratori, que piensan que fue su conocimiento de las ideas de Frankl, lo que le llevó a incluir un término “nuevo” **-contacto afectivo-** en el título de su artículo, *“Autistic disturbances of affective contact”*, que esperaba fuese una innovación revolucionaria. Asimismo, se ha señalado como “evidente” la significación de que el artículo comience por la mención de una fecha: *“Desde 1938...”*, fecha que coincide con la llegada de Frankl y con los elogiosos comentarios de Kanner cuando conoció y se sorprendió con sus ideas y las nuevas perspectivas clínicas que pensaba se abrirían con ellas (Todd, 2015; Robison, 2017; Lucchelli, 2021).

Parece pues que, en 1943, Kanner aún consideraba reconocer la participación clínica y la originalidad de las ideas de Frankl en sus propias observaciones diagnósticas.

Lo que Kanner podía conocer entonces de las ideas de Frankl no lo sabemos. En cualquier caso Frankl ya había publicado, en 1934, un texto, dedicado al lenguaje y a sus contenidos afectivos, que tituló *“Befehlen und Gehorchen”* (Mando y obediencia). Como veremos, hay una clara continuidad temática con el texto que Kanner le animaba a publicar acompañando al suyo en *The Nervous Child* en 1943. Lo que es seguro, puesto que lo comentó explícitamente, es que conocía las ideas y la amplia experiencia clínica que Frankl y su equipo habían desarrollado en Viena. También conocía a Anni Weiss que, expulsada de Viena en 1934 y activamente deseosa de reunirse con Frankl en Estados Unidos, intercedió activamente para que Kanner tratara de contratarles (Robison, 2017).

La importancia que Frankl daba a lo que denominó el “lenguaje afectivo” como problema nuclear del autismo la mantuvo durante mucho tiempo. Es mérito de Muratori (2019 y 2024) haberlo podido demostrar, rescatando el proyecto-memoria de investigación de 1957 que Frankl presentó para ser habilitado como profesor universitario y que había quedado olvidado y abandonado en los archivos de la universidad de Kansas durante casi setenta años y encontrado ahora (con la ayuda de una colaboradora, la filósofa Valeria Bizzari)⁽¹⁰⁾. La reciente divulgación y publicación íntegra de este texto inacabado de 124 páginas meca-

nografiadas, titulado *Autism in childhood: an attempt of an analysis*, es el documento clave que nos permite recuperar hoy el interés de las ideas originales de Frankl y, como haremos en la segunda parte este artículo, reflexionar sobre ellas.

Adelanto ya que Frankl, más que catalogar las dificultades de lenguaje de los autistas como un síntoma deficitario, una pérdida de capacidad para desarrollar el lenguaje verbal, directamente ligada a su incapacidad cognitiva, lo entendía vinculado al gran sufrimiento relacional que la dificultad para comprender y hacerse entender entraña. Fue particularmente sensible a los esfuerzos interactivos y comunicativos por parte de los autistas entendiendo que, **los que llegaban a comunicarse**, trataban de hacer lo que podían para hacerse entender y lograr convivir con su entorno familiar, escolar y terapéutico. Veía pues una desesperada intención comunicativa en lo que otros juzgarían solamente como un lenguaje fallido y una incapacidad innata e irremediable que desanimaba a buscar significados simbólicos difíciles de entender y extraer bajo un lenguaje abstruso y complicado... salvo que la insistencia en la espera de una convivencia posible lleve a apasionarse con un lenguaje difícil de descifrar... que siempre intrigó y fascinó a quienes tuvieron la paciencia necesaria para escucharlo. Como veremos, Frankl era sensible a elementos afectivos, relacionales e interactivos; pero, formado en la psiquiatría centroeuropea, tampoco desconocía ni la comprensión de Bleuler, primer autor que habló de autismo como una dimensión fundamental de la psicosis esquizofrénica, ni su confluencia con factores de orden neurológico que lastraban las capacidades de muchos casos. Entendía que había un *continuum*, un amplio abanico de desarrollos, desde los autistas carentes o con escasos rudimentos de lenguaje hasta los mejor dotados con diversos niveles de lenguaje verbal distorsionado, pero comunicativo. Se adelantaba así al concepto que luego, desde 1981 (Lorna Wing), quedaría denominado hasta nuestros días como *espectro* del autismo.

LAS RAZONES DE UN SILENCIO ENIGMÁTICO

Una pregunta evidente surge en torno a toda esta historia: ¿por qué Frankl no habló de lo que sabía?

Parece tener fácil explicación por qué ni Frankl ni Kanner quisieron conceder importancia al trabajo de Asperger y lo silenciaron. Al parecer, jamás le citaron. A pesar de que Kanner hablaba perfectamente el alemán y podía conocer fácilmente -hoy parece seguro que así fue- los textos que Asperger había escrito, nunca lo reconoció, «manteniendo un silencio de esfinge con respecto a su homólogo vienés [...] que solo rompió en una ocasión en toda su carrera». Solo una vez en su vida le citó Kanner “y de muy mala gana” (según Feinstein, 2010). Lo hizo en su comentario crítico a otro libro sobre autismo⁽¹¹⁾, respondiendo, en tercera persona, sobre la eventual relación entre la obra de Asperger y la suya: “en aquella época (Asperger) no pudo saber de las publicaciones (de Kanner). En lugar de eso describió independientemente lo que llamaba “psicopatía autística”, la cual, si tiene alguna relación con el autismo infantil, en el mejor de los casos, **es una prima muy lejana**”.

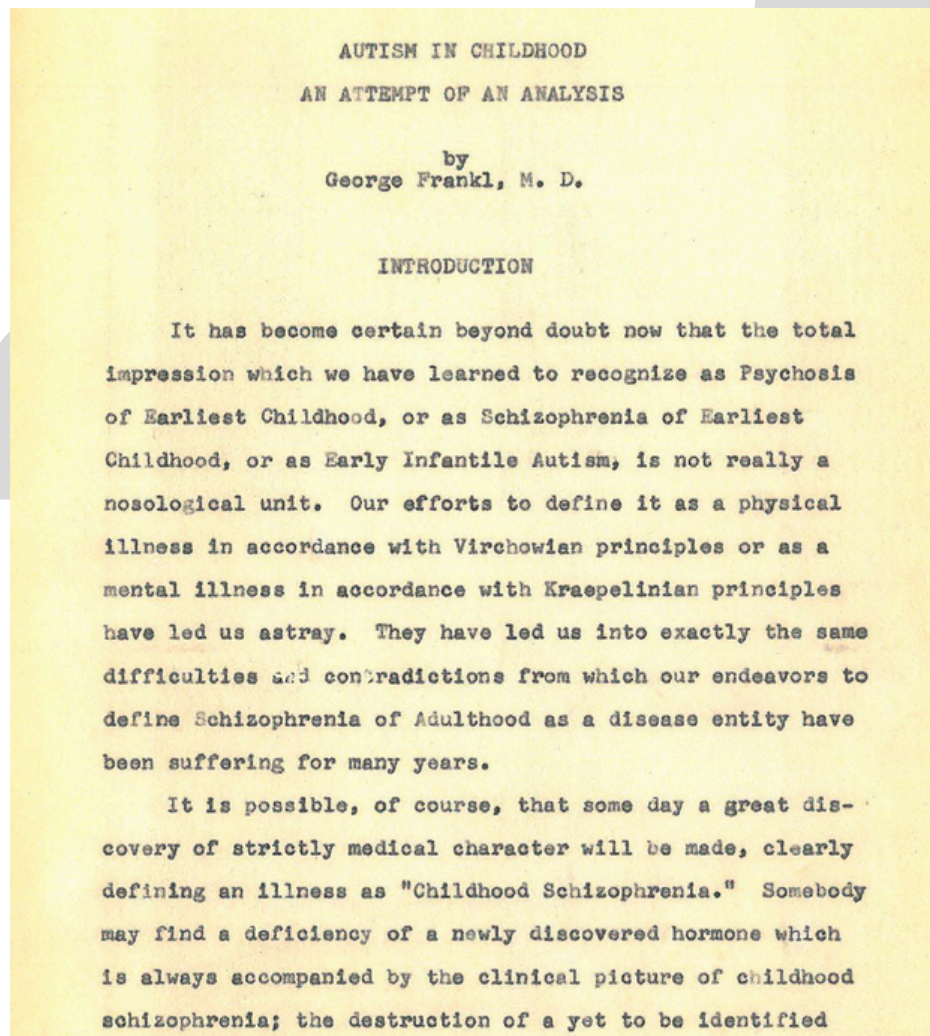
Sin duda, tanto Kanner como Frankl sintonizaban en algo fundamental. Judíos ambos, despreciaban el papel de colaborador aprovechado de Asperger en una Viena invadida por el nazismo. Parece también claro que Kanner, una vez acuñado “su nuevo diagnóstico”, luchó toda su vida por defender la originalidad absoluta de sus ideas sobre el autismo, acallando la intervención de otros autores.

En cuanto a por qué Frankl optó por callar discretamente sobre su aportación personal -al entender el autismo como una dificultad fundamental del contacto afectivo- sabemos lo que respondió a Kanner cuando, en 1943, éste le animaba a la publicación del texto (que ya había comenzado a elaborar en Viena y que, aún inacabado, se llevó consigo a Baltimore). Quería incluirlo, acompañando al suyo, en el número inaugural de *The Nervous Child*. Frankl le respondió que “*a decir verdad, he llegado a detestar este documento (...) la mayor parte fue escrito en Europa y es un trabajo que ya tiene cinco años y que considero viejo (...) mis primeros intentos desesperados con la lengua inglesa fueron para traducirlo, luego lo reescribí una y otra vez obstinado en pensar que su publicación era inminente. Me divertí con ello hace cinco años, pero ahora me ha condicionado negativamente (...) después de todo esta publicación no será más que el cierre oficial de un periodo particular y difi-*

cil de mi vida”⁽¹²⁾. Haswell Todd, experto en el tema, cree que esa carta muestra que Frankl ya había decidido abandonar ese trabajo cuando Kanner le invitó a enviar su artículo a *The Nervous Child*.

Muratori opina que no tenemos ninguna manera de conocer la razón por la que Frankl quería cerrar -¿olvidar?- este periodo difícil y lamenta este alejamiento que podría haber conllevado el olvido definitivo de sus ideas. Pero destaca también que gracias al hallazgo de su proyecto inacabado de tesis doctoral (que permanecía olvidado desde 1957 y que comentaremos más adelante) sabemos que muchos años después, cuando ya no trabajaba en la investigación sobre el autismo, seguía convencido de que el problema central de estos niños estaba en sus dificultades de contacto afectivo y en particular su incapacidad para comprender lo que él llamó “el lenguaje afectivo”.

En cuanto a su deseo de querer clausurar este periodo “particular y difícil” parece lógico, aunque Muratori no lo hace, relacionarlo con sus circunstancias personales y sus múltiples pérdidas: exilio y huida en condiciones de amenaza de muerte inminente; renuncia a toda su carrera profesional anterior; desesperación por la separación y alejamiento, con muy difícil arreglo, de su futura esposa; clima trágico del holocausto con muerte por exterminio o suicidio de amigos, compañeros profesionales y familiares. Según refiere Todd, su propia madre fue asesinada en el Holocausto. Relata que, en agosto de 1942, una mujer de 73 años con su apellido de soltera, Franziska Adler, fue embarcada en Viena en un tren que llegó al día siguiente al campo de concentración de Theresienstadt. Murió en Treblinka un mes después. Todd piensa que: “*esta pérdida fue quizá parte de lo que Frankl esperaba dejar atrás*”. Cualquiera que haya tratado de re-



Manuscripto inacabado del proyecto-memoria de investigación de Georg Frankl para ser habilitado como profesor universitario en la Universidad de Kansas el 1957.

memorar con persona cercanas sus recuerdos de hechos trágicos asociados a situaciones bélicas conoce su doloroso trabajo mental para tratar de olvidar masivamente lo sufrido. Seguramente Frankl, hombre de gran sensibilidad humana, no fue una excepción.

Además -otro probable motivo de su desinterés- conviene contextualizar que el autismo era entonces un tema muy especializado que se pensaba que quedaba limitado a muy pocos casos y era por tanto de menor impacto profesional que otros mucho más frecuentes y más presentes en la actividad clínica. Por otro lado, los planteamientos de la pedagogía terapéutica necesitaban equipos multiprofesionales de alto coste y difíciles de ajustar en un entorno médico hospitalario. Difícilmente Frankl podía pretender disponer de tales medios y la sociedad estadounidense, salvo en escasos hospitales muy elitistas y de difícil acceso, ya había optado por institucionalizar a los autistas junto a otras deficiencias, mezcla que Kanner combatió todo lo que pudo por la cronificación y estigmatización que implicaba. Pero, como ahora, la clínica ambulatoria ofrecía muchos más pacientes más llevaderos con mejores posibilidades evolutivas y mejores rendimientos profesionales y económicos... y Frankl y Weiss eran inmigrantes que necesitaban sobrevivir profesionalmente. Además Kanner se había convertido en la persona más influyente en la nueva y flamante psiquiatría infantil y en el principal "líder de opinión" mundial respecto al autismo y era quien mejor podía avalar a la pareja en su búsqueda de un lugar de trabajo estable. Parece difícil que Frankl en su posición pudiera o quisiera criticar a quien le había permitido instalarse en su nuevo país de acogida. Compartían además su origen y cultura judía y su condición de emigrantes. En cualquier caso, Frankl y Weiss, tras un periplo de varios años buscando un lugar donde trabajar juntos, lograrían desarrollar una importante y exitosa carrera profesional... alejada del autismo⁽¹³⁾.

¿Tenía además otras razones Frankl para no mencionar nunca a Asperger? Algunas parecen evidentes. Había sido su discípulo y aprovechó el periodo nazi para hacerse con el puesto de director de la clínica que por experiencia y conocimientos hubiera correspondido a Frankl. Nunca apetece nombrar a un usurpador. Sin embargo, una vez asentado en Estados Unidos y teniendo a su favor

las críticas feroces allí existentes hacia los latrocinios y crímenes de los nazis, lo tenía fácil para "denunciar" el "robo" o al menos "la apropiación indebida" cometida por Asperger. Pero no lo hizo, al menos no públicamente. En parte debido a su silencio, dulce venganza, la obra de Asperger no fue conocida en el mundo angloparlante hasta 1981, con la traducción parcial al inglés de su texto de 1944 (Lorna Wing, 1981). Frankl ya había fallecido en 1975, así que no conoció esta "resurrección" de la figura de Asperger. En cambio sí la conoció su viuda Anni Weiss, que vivió hasta 1991, y que al parecer tampoco habló nunca públicamente sobre el tema. Así pues durante más de treinta años la obra de Asperger, que hoy sabemos que Frankl y Kanner conocían antes y después de su publicación, quedó totalmente ignorada. Ciertamente, ninguno de los dos tenía interés alguno en que se concediera algún renombre a Asperger (quien a su vez tampoco reconoció nunca sus años de trabajo y aprendizaje junto a Frankl y Anni Weiss).

ÚLTIMOS AÑOS. RECUERDO DE UNA MUJER TAMBIÉN OLVIDADA

Tras permanecer dos años junto a Kanner en la John Hopkins University de Baltimore, Frankl obtiene la ciudadanía americana y, tras varios cambios profesionales, el título de psiquiatra y consigue finalmente establecerse junto con Anni Weiss en un trabajo común, en Kansas City. Allí trabajan conjuntamente en una clínica de *guidance* infantil con vinculación universitaria hasta 1959. Se

trasladan después a Carolina del Norte, a la Bowman Gray School of Medicine, desarrollando la paidopsiquiatría hasta entonces inexistente en la región. Frankl fallece en 1975, a los 78 años, cinco años después de su jubilación, de un cáncer de pulmón.

Anni Weiss le sobrevivió hasta 1991, fecha en que murió con casi 94 años. Ninguno de los dos había recibido, hasta ahora, más que una rara mención en los artículos sobre la historia del autismo. Sin embargo, fue una profesional con una extraordinaria formación para su época. Originaria de una familia judía de industriales alemanes y titulada como maestra de educación infantil en 1916, se diplomó posteriormente en psicología y trabajo social en la universidad de Hamburgo (1921), partiendo luego a Viena para formarse en psicopatología de la infancia (1924). Desde 1925 hasta 1934, fecha en que huye del nazismo, trabaja en la unidad de pedagogía curativa de la clínica pediátrica de Viena, donde fue la principal psicóloga responsable de la observación diagnóstica, de las evaluaciones psicopatológicas y las tareas psicoterapéuticas con niños y familias. Hablaba fluidamente el inglés y a su llegada a Estados Unidos fue rápidamente contratada en la universidad de Columbia, donde fue reconocida como psicóloga infantil y trabajó durante tres años, hasta que se trasladó tratando de reunirse y ser contratada junto a Frankl. Asperger no la citaría para nada en su texto de 1944, en el que en cambio sí hace destacados comentarios, muy elogiosos, de Vikto-



Anni Weiss fue la principal psicóloga responsable de las evaluaciones psicopatológicas y las tareas psicoterapéuticas con niños y familia en la clínica pediátrica de Viena desde el 1925 hasta el 1934. Fotografía de: The High Point Enterprise, 21 mai 1961, p.48 en <https://autismuseum.net/2019/03/26/anni-weiss-frankl/>

rine Zak, religiosa y responsable pedagógica del centro y destacada compañera de Weiss. Seguramente, resultaba arriesgado elogiar a una judía durante el periodo nazi, pero tampoco la recordó durante las varias décadas transcurridas después. Ambas participaban activamente en las reuniones clínicas de equipo instauradas por Lazar y sin duda conocían y manejaban el concepto de “niño autista” habitualmente utilizado allí desde los años treinta. Buena prueba de ello es su texto, publicado en inglés en 1935, con su detallada descripción clínica del caso Gottfried, niño autista de 9 años. Apodado *el tonto* por sus compañeros, poseía una inteligencia peculiar. Su abuela, que defendía sus capacidades, le llevó a la clínica de Viena para que le estudiaran. El texto, arrinconado durante muchos años y rescatado por Silberman del olvido, muestra su fino conocimiento clínico de una psicopatología autística típica y su experiencia en la difícil evaluación de la inteligencia de los niños autistas con los test psicométricos habituales que juzgaba “artificiales” y poco adaptados para conocer las peculiaridades cognitivas y afectivas de estos pacientes. Señalaba también que las variaciones en sus rendimientos cognitivos estaban relacionadas con la calidad de la relación con el examinador y su conocimiento cotidiano del mundo afectivo interno del autista. Estas finas consideraciones, sí aparecían, casi calcadas, nueve años después en el texto de Asperger de 1944, en el que no menciona la publicación muy anterior de Weiss. Durante varias décadas, desde el descubrimiento del texto de Asperger con su traducción al inglés (en 1981 por Lorna Wing) hasta los recientes trabajos citados, todos los lectores del texto de Asperger pensábamos que había que atribuirle, a él y a su original talento, lo que ahora parece evidente ser el resultado de todo un trabajo colectivo y compartido con personas que le precedieron (y que Asperger “olvidó” citar). Hasta el final de su carrera, Weiss continuó trabajando por la protección de la infancia, programas de salud mental y relaciones padres-madres-niños. Fue muy activa colaboradora de los servicios sociales judíos participando en la formación de personal dedicado a la psicopatología infantil y al trabajo social, desempeñando desde 1960 a 1970 funciones docentes universitarias. Un autor particularmente estudioso de la influencia de Frankl (Robison, 2017) subraya el papel fundamental que jugó Anni Weiss, colaborando en la génesis de las ideas y el estilo de trabajo de su marido y de la escue-

la de Viena y resaltando como sus ideas y experiencia enriquecieron y, sin ser citada, fueron incorporadas en los textos de Kanner y de Asperger. No duda en concluir, románticamente, que la historia del autismo hubiera sido otra sin el encuentro amoroso entre Frankl y Weiss. Podemos añadir también que es de lamentar que no lograran prolongar su relación profesional con el autismo en un ambiente terapéutico como el que habían creado en su país de origen.

NOTAS ANEXAS

1. Clemens von Pirquet (1874-1929) creador del término “alergia” y de la prueba de la tuberculina para el diagnóstico de la tuberculosis, favoreció junto con Theodor Heller (1869-1937) la creación en la clínica pediátrica de Viena de una “unidad de pedagogía terapéutica” que, desde 1917, dirigió Erwin Lazar. Heller, describió en 1907, seis casos de “demencia infantil”, correspondientes a lo que todavía en clasificaciones DSM recientes se ha denominado “TGD desintegrativos”. Creó una escuela de reputación mundial para todo tipo de deficientes mentales en la que aplicó su “educación curativa” (“Heilpädagogic”), teoría y práctica que recogió en sus dos textos principales (*Grundriss der Heilpädagogik*, 1904; *Paedagogische Therapie für praktische Aertze*, 1914). Posteriormente, escribió tratados de psicopatología de la infancia y la adolescencia. Organizó varios congresos de la Sociedad de Educación Curativa, que presidiría tanto en Alemania como en Austria y desde 1937 en su organización internacional, que le consideró el “padre de la educación terapéutica”. Desde 1935, con la llegada de los nazis al poder, denunció el “derrumbamiento de la enseñanza curativa” pronunciando su último discurso público antes de ser destituido en 1938. Se suicidó poco después. Su mujer e hija fueron deportadas a Riga y ejecutadas. Ambos (Pirquet y Heller) favorecieron la creación de la unidad de pedagogía terapéutica desde 1917, proponiendo como director a Erwin Lazar (1877-1932), pediatra con formación psiquiátrica previa (con Wagner Jauregg, 1857-1940: descubridor y Nobel en 1927 por introducir la piroterapia, provocación de fiebre palúdica, en el tratamiento de la parálisis general progresiva de origen sifilítico). Se preocupó siempre por los problemas de aprendizaje y adaptación escolar de los niños maltratados y abandonados. Colaboró con la muy activa Asociación Pestalozzi, que promovía una pe-

dagogía progresista, logrando llegar a ser consultor del ministerio de salud pública. En 1925 publicó su obra más importante, “Fundamentos médicos de la educación curativa”. Hasta esa fecha habían estudiado ambulatoriamente 5.000 pacientes, en gran parte procedentes de servicios de ayuda social, de los tribunales y de la policía. Una pequeña parte de ellos fueron internados y observados durante largos periodos en su clínica (en la que tanto Frankl, como Anni Weiss y Asperger trabajaron durante años).

2. En el período de la Anschluss -anexión de Austria a Alemania- tras la invasión nazi (1938-1945), la Facultad de Medicina de Viena expulsó al 78 % de su profesorado, en su mayoría de origen judío (quedaron 44 médicos de 197). Dos tercios de los 4.900 médicos de Viena (entre ellos, el 70 % de los 110 pediatras de la ciudad) perdieron su puesto y fueron deportados, emigraron o se suicidaron (Sheffer, 2018). Entre quienes se suicidaron estaba Theodor Heller.

3. He desarrollado más detalladamente las informaciones al respecto en un texto dedicado íntegramente al autismo (Lasa Zulueta, 2022. Cap. 2. Págs. 184-237).

4. Louise Despert “había informado en el pasado” en un número anterior de *The Nervous Child*, el primero, que Kanner sin duda conocía (Despert, 1942). Ni Despert, ni Kanner, ni ningún otro autor del mundo angloparlante interesado por el autismo, citaron en esta época a Soukhareva (1891-1981) que, en una Rusia alejada e incomunicada de Occidente, ya desde 1926 había descrito casos de “psicopatía autística”. Había publicado sus textos en alemán, lengua de Asperger y Kanner, pero ninguno de los dos conocieron al parecer sus textos y no la citarían. Ni ella ni Asperger serían reconocidos por la comunidad internacional, mucho más atenta a las publicaciones en inglés, hasta mucho más tarde.

5. También otros autores afirman que Kanner mantuvo una actitud más agradecida hacia el reconocimiento de la aportación de Frankl (lo hace en particular y aporta datos objetivos Robison, 2017). Este autor también relata que “se cuenta” que Asperger, una vez terminada la guerra, se entrevistó con Frankl y le propuso volver a Viena. No aporta ninguna fuente objetiva, pero escribe que fue una “comunicación personal” de Silberman (que tampoco aporta datos que lo confirmen). En cambio,

Samantha Dluzak (2019) relata varios encuentros entre Asperger y Frankl tras finalizar la guerra. Asperger habría ofrecido a Frankl volver a Viena y éste, ya asentado en Estados Unidos, le ofreció una colaboración entre sus clínicas, facilitando el intercambio de profesionales en formación. El relato de esta autora, que describe una relación amistosa entre los dos (ambos se encontraron tras varios viajes intercontinentales) cuestiona o al menos matiza algunas de las descripciones de su enemistad, que, como he relatado, otros autores afirman. Ciertamente se perciben dos líneas en los relatos históricos: una más acusadora hacia Asperger y la otra mucho más benévola.

6. Kanner era el responsable del primer servicio de psiquiatría infantil creado en Estados Unidos en el hospital Johns Hopkins de Baltimore bajo la dirección de Hans Meyer, psiquiatra de origen suizo y formado en Centroeuropa.

7. Adolf Meyer (1886-1950), que creó la primera escuela de formación psiquiátrica en Baltimore, fue quien contrató a Kanner, en 1930, para que desarrollara el nuevo servicio de psiquiatría infantil creado en el hospital que dirigió.

8. Me resulta inevitable establecer un paralelismo entre la angustiada espera, por parte de los progenitores, de un diagnóstico médico reconocido “claro e inequívoco”, presente ya en aquel entonces y también en nuestros días y en las razones de tan constante persistencia, reforzada por las asociaciones de afectados, que sin duda ha contribuido al interés, social y profesional actual por las clasificaciones diagnósticas “objetivas y apoyadas por la evidencia científica” y a su traslado al terreno de las discapacidades y a su reconocimiento como tales con las enormes consecuencias sociales que ha conllevado (Lasa Zulueta, 2022).

9. Todavía en la 4ª edición de 1972 ¡casi treinta años después! de su Manual de Psiquiatría Infantil, Kanner incluye el “autismo infantil precoz” en el capítulo de “La Esquizofrenia” en donde ocupa solamente tres páginas sobre veinticuatro.

10. Robison, en su trabajo publicado en el 2017, también menciona este texto olvidado de Frankl y parece haberlo consultado... desconozco quien lo descubrió primero. El

texto de Robison aparece citado por Muratori, pero este no lo es en el de Robison. Lo que sí está claro es que Muratori ha divulgado el texto en su totalidad y publicado su traducción al italiano y al francés. Obviamente, Robison no necesitaba de esa traducción y podía remitir a los angloparlantes al texto original.

11. Kanner L. (1971) Kugelmass I.: The autistic child. Book review. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 152(5), 370-371.

12. Carta encontrada por Haswell Todd en los Archivos Melvin Sabshin de la Asociación Americana de Psiquiatría.

13. Samantha Dluzak (2019) es la autora que más ha indagado en la trayectoria, hasta ahora menos conocida, de la pareja Frankl-Weiss posterior a su etapa vienesa y a sus inicios en Estados Unidos.

14. Weiss A.B. Qualitative intelligence Testing as a Means of Diagnosis in the Examination of Psychopathic Children, *American Journal of Orthopsychiatry*, 1935; 5(2): 154-179.